

obreros de París contra el primer término de las elecciones habria costado mas oro y mas sangre. Tal fué el espíritu de esta concesion, á pesar del cual no dejó de ser una falta. El ministro de negocios estrangeros lo conocia, consintiendo en ella. Algunos de estos emisarios causaron un gran escándalo en la opinion y en la moral con actos que desacreditaron y deshonraron su mision. Pero esta, aunque pedida por unos, tolerada por los demas, reconocida necesaria por todos, no tuvo otro motivo ni otro objeto, y á pesar de la mala eleccion de las personas, contribuyó poderosamente á hacer aceptar y aproximar el plazo de las elecciones.

### XI.

Por esta época, previendo Lamartine agitaciones inevitables y necesidades militares despues de la reunion de la asamblea nacional, se ocupó secreta y ardientemente de organizar el ejército de una manera mas activa, de acercarlo á París y de confiar su mando á un gefe enérgico, popular y republicano. Para hacer popular al ejército era necesario que el gefe definitivo que se le diese fuese á la vez un militar agradable al soldado y un hombre político exento de sospechas de traicion contra la república.

Mr. Arago, ministro á un tiempo de guerra y de marina, podia atender á estas dos grandes administraciones, por la actividad y la estension de su talento. Su nombre habia servido hasta entonces para acallar las rivalidades que fácilmente hubieran podido suscitarse entre los oficiales generales por celos de la preferencia que

el gobierno hubiera dado á unos sobre otros. El nombre de un paisano neutralizaba el mando del ejército. Mr. Arago habia sido respetado de los militares como representacion de la ley mas bien que como ministro; su imparcial energia habia restablecido y sostenido la disciplina, y el ejército se formaba y obedecia mejor que en ninguna otra época de nuestra historia. Pero se aproximaba la reunion de la asamblea, en la que probablemente entraria Mr. Arago, y ésta necesitaria fuerza en París y sus cercanias, y un ministro que pudiese organizarla y combatir á la vez.

Lamartine no se hacia ilusiones sobre el porvenir: la historia le habia enseñado que un gobierno naciente tiene que sostener ataques por muchos años, y que la cuna de este gobierno, ora sea república, ora monarquía, tiene necesidad de ser rodeada de bayonetas. La democracia sobre todo quiere ser fuerte, y tanto mas fuerte, cuanto mas cerca se halla de la demagogia. Todos los crímenes de la anarquía provienen de la debilidad. El socialismo y el pauperismo, peligros propios para una civilizacion demasiado industrial, hacian mas evidente á todos los ojos la necesidad de armar vigorosamente á la república.

Por eso Lamartine meditaba mucho tiempo hacia tres proyectos. — El primero era organizar un ejército poderoso y distribuirlo sobre el territorio frances en tres grandes cuerpos, de tal suerte, que se sirviesen de apoyo los unos á los otros, y pudiesen sus evoluciones amplias y rápidas, no solo reprimir aquí ó allí tal ó cual revolucion, sino maniobrar en grande en toda su

estension sobre ejes señalados de antemano como en las grandes guerras civiles romanas. Tres generales debían mandar estos tres cuerpos; el uno en París y en su radio inmediato; el otro en Bourges y en las provincias limítrofes, y el tercero de Lyon á Marsella.

El segundo proyecto era la formacion de una reserva de trescientos batallones provinciales de guardia movilizada, armados, disciplinados, equipados, ejercitados y con sus gefes y oficiales, pero que debían permanecer en sus casas, para no salir de ellas sino en virtud de llamamiento por el consejo departamental, por el prefecto ó por el gobierno en casos de turbulencias ó de guerras intestinas. Esta era una federacion anti-socialista y anti-anárquica, instituida y movilizada en manos de los departamentos. En caso de ser derrotado el órden social en París, encontraba trescientos mil defensores ademas del ejército, y podia sofocar en ocho dias la sedicion bajo los muros de París. En vez del ejército revolucionario de 1793, era el ejército republicano de 1848, protegiendo por do quiera el órden, la propiedad, la vida de los ciudadanos contra el terror y contra la dislocacion del imperio. En caso de una guerra estrangera estos trescientos batallones entraban en segunda linea sobre nuestras fronteras y en nuestras plazas fuertes, y dejaban disponible todo el resto del ejército.

En fin, su tercer proyecto era dar á la república y á la asamblea nacional un ministro de la guerra militar y republicano, que hiciese amar al ejército la república, y á ésta aceptar sin desconfianza al ejército.

El primero de estos proyectos estaba ya casi

ejecutado por Mr. Arago y el gobierno, y el ejército debia ascender muy pronto á cerca de quinientos mil hombres.

La creacion de trescientos batallones de guardia movilizada departamental habia sido indicada muchas veces en el consejo por Lamartine, previendo las eventualidades de una guerra estrangera. Lamartine no ignoraba que este pensamiento revelado bajo su verdadero punto de vista, habia causado recelos al partido radical, que evidentemente tendia á suprimir el ejército, sobre todo en París, y á sustituirle la omnipotencia de la organizacion socialista de los clubs y de los obreros, organizacion dirigida por los gefes de las sectas contra los comerciantes, la propiedad, la clase media en fin. Por lo tanto aplazó varias veces el hacer formalmente esta proposicion: habló de ella separadamente á algunos de sus colegas, les imbuyó la misma idea y los dispuso á presentarla ellos mismos al gobierno.

Mr. Flocon, que acababa de volver á la vida activa despues de una larga enfermedad, y que concebía pronto todo lo que interesaba á la patria, se encargó de esponer este pensamiento bajo la forma de una proposicion urgente y formal. El patriotismo muy acreditado de este jóven, y el ascendiente de su energia sobre el partido radical, desvanecieron todas las objeciones. Lamartine le apoyó, como si tal idea hubiese sido para él una revelacion repentina del patriotismo en peligro. El decreto fué adoptado por unanimidad, y al entrar Lamartine en su casa, dijo á sus amigos:—"Si la asamblea nacional ejecuta con actividad el decreto de la creacion de tres-

cientos mil soldados, la guerra civil es ya imposible en adelante, y la sociedad solo puede sufrir un eclipse de diez días cuando mas." Pero para ejecutar este decreto era necesario un ministro, y Lamartine creyó haberlo hallado en el general Eugenio Cavaignac.

## XII.

Hijo de un hombre de fama revolucionaria y convencional, el general Cavaignac era hermano de uno de los jóvenes precursores de la república, de otro *Currel*, cuyo carácter, talento y memoria habían pasado á ser una religion en el partido de la democracia activa. Este nombre era tan popular entre los que le sobrevivian, que hacia reflejar hasta sobre su hermano una parte de esta consagracion religiosa. Eugenio Cavaignac servia á la sazón en Africa, de la que el gobierno provisional le habia nombrado gobernador general desde sus primeras sesiones en el Hotel de Ville. Mas adelante el gobierno le habia llamado á Paris y ofrecídole el ministerio de la guerra; pero el general habia respondido al gobierno en términos algo altivos, y habia puesto tales condiciones, que el gobierno se ofendió de esta resistencia á sus insinuaciones, y renunció á los servicios del general en Paris.

En este estado se hallaban las cosas, cuando Lamartine, pensando siempre en fortificar á la asamblea nacional con el nombramiento de un gefe militar para el ejército, ojeó por casualidad un periódico y leyó en él una profesion de fé clara, breve y republicana, firmada por Cavaignac. Era una carta del joven general á los

electores de su departamento, que le habian ofrecido la candidatura para la representacion nacional.

Esta carta espresaba con notable precision y audaz franqueza todo el republicanismo de orden, de libertad y de moralidad que deseaba el corazon de Lamartine, y por lo tanto llamó fuertemente su atencion. Resolvió, pues, intentarlo todo á fin de conquistar aquel caracter, aquella opinion y aquella espada para la asamblea y para el gobierno. No conocia al general ni á su familia, pero supo que Mr. Flocon tenia relaciones con la madre del general, y rogó á su joven colega que le presentase á aquella muger que se decia ser eminente en corazon, en talento y en patriotismo, sin ocultarle el objeto de la entrevista que solicitaba de ella. Mr. Flocon participaba del deseo del ministro de negocios estrangeros de dar un gefe militar y republicano al ejército; pero temia que la madre del general Cavaignac, que aun llevaba luto por el mayor de sus hijos, no quisiese contribuir á comprometer la vida del segundo, llamándole en tiempos revueltos y para misiones peligrosas de una colonia pacífica, y alejándole de un clima necesario para el restablecimiento de su salud.

Mad. de Cavaignac consintió, sin embargo, en recibir al ministro de negocios estrangeros. Lamartine halló en un cuartel apartado y en una habitacion modestamente amueblada, con todas las señales de la viudedad, del recogimiento y de la piedad, á una muger vestida de luto, de fisonomía inteligente y espresiva, en que parecian luchar la sensibilidad y la fuerza con la gravedad y la resignacion. Al verla comprendió des-

de luego por qué los republicanos habian llamado á aquella muger la madre de los Gracos. Tenia en efecto en su elevacion, en su ingenuidad y en su acento algo de antiguo, pero de cristiano, sin embargo, que sorprendia y admiraba. Los hombres libres podian quedar dominados por sus miradas.

La conversacion no desmentia las esterioridades. Jamas habia encontrado Lamartine otra muger semejante sino en las mas célebres y heróicas razas de Roma ó de Florencia. La ternura de una madre, la energia de una ciudadana se manifestaban en ella con un acento viril. Lamartine entabló desde luego la conversacion, hablando á Mad. Cavaignac de los peligros que corria la república si llegaba á debilitarse ó á ser exagerada desde un principio; de la necesidad de rodearla de fuerzas moderadoras para salvarla de las convulsiones de los gobiernos débiles ó espasmódicos; de los sacrificios que la libertad exigia de todo el mundo, y aun de las madres, y del estremado deseo que tenia de ver acercarse el ejército á Paris, bajo la garantía republicana del nombre de su hijo. Mad. Cavaignac resistió, se enterneció, no por sí, sino por la libertad, y acabó por dejarse vencer.

—“Me pedis el mayor de los sacrificios, dijo á Lamartine; pero me lo pedis en nombre del mas sagrado de todos los deberes. Os lo concedo, pues. Consiento en participar vuestros deseos á mi hijo, y en influir para que acceda á ellos. Voy á escribirle nuestra conversacion, y ya iré á llevaros su respuesta.”

Algunos dias despues el general mismo escribió á Lamartine. Su respuesta era digna del

hijo de tal madre: sin apresuramiento, como sin debilidad. Se convino en que el general pediria una licencia al gobierno para volver á Francia, y que haria uso de ella. Desde este dia le parecieron á Lamartine realizados sus tres previsores pensamientos contra la guerra estrangera, contra la guerra civil y contra la anarquía en Paris en el momento de reunirse la asamblea nacional. Entonces se entregó con mas confianza al porvenir.

## XIII.

Pero este porvenir de algunas semanas estaba aún lleno de dificultades, de problemas y de conjuraciones.

Cuanto mas se aproximaba el término de la dictadura, tanto mas se encarnizaban en disputarla á la nacion los partidos estremos, que sentian desaparecer su reinado. Estremeciéndose al solo nombre de la asamblea nacional, declaraban en alta voz en sus conciliábulos y en sus clubs, tan pronto que derribarian á la mayoría del gobierno antes del dia de las elecciones, como que no dejarian penetrar en Paris á la asamblea nacional, sino como una representacion sospechosa y cautiva entre las filas de doscientos mil proletarios, cuyos plebiscitos tendria que promulgar y cuyas violencias habria de sufrir.

Palabras siniestras y atroces se escapaban á ciertos hombres como una esplosion involuntaria del sentimiento de rebelion que fermentaba en sus corazones. Los discursos de los clubs y de los delegados del Luxemburgo se hacian cada dia mas acerbos y significativos, é informes secreteos revelaban al gobierno reuniones noctur-

nas, en que los gefes de las principales facciones opuestas á la reunion de la asamblea trataban de evitarla por un movimiento, ó de que permaneciesen en Paris las fuerzas revolucionarias armadas, de manera que la asamblea nacional no fuese mas que un juguete suyo. Los miembros de la mayoría del gobierno estaban designados á las sospechas y á la cólera de una parte del pueblo. Los periódicos les acusaban sin cesar: anuncios y pasquines, en los cuales se les denunciaba por demagogos alemanes á la execracion pública, salian durante la noche de imprentas sospechosas, é inflamaban el espíritu público contra los hombres decididos á establecer fijamente la república en el pais. Algunos de estos pasquines, dirigidos especialmente contra Lamartine, se redactaban y repartian por agentes y emisarios que abusaban de los nombres y de la proteccion de sus colegas, al paso que testigos y confidentes, indignados de unos hechos en que creian ver intrigas, iban por la noche á ponerlos en noticia de Lamartine, quien se negaba á darles crédito, porque estaba convencido de la lealtad de sus adversarios. Podian todos atacarse, mas no hacerse traicion.

Habia, sin embargo, dos campamentos en el gobierno, y en torno de cada uno de ellos se agrupaban tendencias diversas, sistemas de república opuestos, hombres antipáticos, sombríos y violentos. Estos hombres podian avasallar la voluntad de los gefes, agriarlos entre sí, sembrar en ellos la desconfianza y las celadas, y servirse de sus banderas y de sus nombres para reclutar facciones y arrastrarlas hasta los estremos.

La mayoría del gobierno se veia constantemente asediada de avisos alarmantes sobre las tramas que se urdian, segun se afirmaba, contra su seguridad. Continuamente se mudaba el sitio de reunion del consejo, á fin de libertarlo de un golpe de mano, y llamábanse tambien algunas veces en secreto hasta doscientos ó trescientos hombres armados, para que custodiasen las cercanías del ministerio de hacienda ó del Luxemburgo para prevenir una sorpresa, porque todos los partidos sospechaban entre sí y se vigilaban de cerca.

Lamartine estaba informado espontáneamente por la confianza de hombres que se hallaban en situacion de saberlo todo, y por su policia secreta respecto á los extranjeros, y sabia que mil planes contradictorios pugnaban en el ánimo de los gefes principales de las facciones y de los clubs, pronunciados contra él.

Los demagogos fanáticos hablaban sin rebozo de deshacerse de él, y al mismo tiempo recibia de Paris y de los departamentos, escritos en que se le amenazaba con el asesinato: la misma policia de Causidiere le trasmitia estas advertencias; pero confiaba en su destino. El 24 de Febrero se habia espuesto á todo, hasta á morir, por dar su verdadero sentido á la revolucion, por conservarla pura de crimen y de sangre, y por hacerla atravesar, sin catástrofes interiores y sin guerras exteriores, el interregno que podia perder para siempre al pais. Veia el precipicio; estaba seguro de que su muerte seria la señal del levantamiento de la inmensa mayoría del pueblo de Paris y de los departamentos, y que aseguraria el triunfo de la asamblea na-

cional sobre los dictadores. Esta seguridad le hacia dichoso, y permanecia tranquilo, sin tomar la menor precaucion, aunque sabia los designios con que algunos hombres rondaban la puerta de su casa. Salia á todas horas del dia y de la noche, solo, á pié, sin mas armas que un par de pistolas de bolsillo. Su popularidad le guardaba.

Esta popularidad se engrandecia de tal modo en toda la Francia y en Europa, que recibia hasta el número de *trescientas cartas* por dia, y todos los departamentos le preguntaban si queria representarlos. Los pueblos, que siempre sienten la necesidad de personificar un instinto en un hombre, habian personificado entonces en él el instinto de la sociedad amenazada y libre, pues era el hombre de la salvacion comun. Muchos de sus colegas merecian este favor tanto como él, pero la popularidad tiene sus favoritos, y él lo era de la multitud. Pero tenia demasiada esperiencia de la historia para creer en la duracion del fanatismo que inspiraba su nombre, y así trataba de moderarlo esquivándose, con intencion, del pueblo y de sus colegas, porque preveia que habia de llegar en breve el tiempo en que aquella popularidad le exigiria cosas que él creia contrarias al interes de la república. No queria por lo mismo que un hombre fuese mas popular que la representacion nacional, y resuelto de antemano á abdicar el favor público, no era prudente animarlo hasta el delirio. Muchas veces admiraba á sus amigos prediciéndoles el cambio de la opinion respecto á su persona.

Volviendo á su casa muchas veces, despues de dias y de noches enteras de luchas, precedi-

do ó seguido de aclamaciones que resonaban en su aposento, decia á su esposa y á sus secretarios: —¿Veis cuántos esfuerzos me cuestan la asamblea nacional y la restitution del poder regular á la nacion? Pues bien; cuando la nacion se posesione de su imperio y la asamblea nacional se encuentre segura, el pueblo salvado se retirará de mí, y tal vez me acusará de haber conspirado contra la asamblea, que es hoy mi único pensamiento.

Todos se sonreian de incredulidad al escuchar estas palabras; pero Lamartine conocia la injusticia y la ignorancia de los pueblos. Si fuesen justos é inteligentes, no habria mérito en servirles.

Todo indicaba á la sazón una tentativa final y desesperada de los partidos opuestos á la reunion de la asamblea.

## XIV.

Se acercaba el 14 de Abril, y las elecciones debian verificarse el 27: la guardia nacional reorganizada, pero aun sin reunirse, era un problema respecto al espíritu que la animaba, y de un dia á otro podia apelar á su auxilio el gobierno, que á la sazón se encontraba desarmado. ¿Se levantaria ella á su voz? ¿Se fundiria en un solo y mismo espíritu? ¿Se dividiria en dos fuerzas como el pueblo en dos clases? ¿Se convertiria en un elemento de guerra intestina, ó en un principio unánime de fuerza y de pacificacion? Nadie podia saberlo sino por conjeturas, pues todo dependia de la direccion mas ó menos política, mas ó menos unánime, que el gobierno su-

piese imprimirla. Los partidos extremos debían intentarlo todo para prevenir el llamamiento de la guardia nacional y para apoderarse del gobierno antes que París se decidiese á defender la asamblea: dichos partidos conocían cuál era su verdadera posición, y la hacían presentir al gobierno.

Hacia algunos días que las discusiones interiores eran duras y vivas: enérgicas disensiones estallaban entre la mayoría y minoría. El ministro del interior, ocupado de los preparativos de las elecciones, acudía pocas veces al consejo. Luis Blanc y Albert, defensores públicos de los delegados del Luxemburgo y de los treinta ó cuarenta mil obreros que componían su ejército, hablaban de amenazadores descontentos, y promulgaban exigencias imperiosas en nombre de aquella parte del pueblo. No las justificaban, pero las repetían bajo la forma de advertencias hechas al gobierno.

Parecían hallarse sabedores, por medio de ciertos hombres y por sus relaciones personales con los clubs y con otros centros de acción, de algún gran movimiento popular, suficiente para imponer á la mayoría las voluntades extremas y las órdenes de la multitud.

En la sesión del 14 de Abril, que se prolongó hasta muy entrada la noche, fueron mas significativos los indicios, y los dos gefes del Luxemburgo confesaron, con un pesar mezclado de acusaciones, que el domingo 16 debía tener lugar una manifestación semejante á la del 17 de Marzo, pero mas á propósito para obtener la prórroga de las elecciones y la satisfacción de otros agravios.

El gobierno se mostró mas indignado que sorprendido, porque muchísimos rumores, recogidos por los diferentes miembros de la mayoría, anunciaban hacia bastantes días una tentativa de los partidos extremos para depurar al gobierno provisional de los principales miembros de la mayoría, y para cambiar la minoría en mayoría con el refuerzo de cierto número de gefes de los clubs y de las facciones. Hablábase de un comité de salvación pública que haría consistir la dictadura en la soberanía de una sola parte del pueblo, rasgaría el decreto de las elecciones, concentraría el gobierno en la capital, ejerciéndolo por cierto tiempo, y convocaría, por último, la convención, despues de haber rectificado las listas electorales.

Lamartine fingió que oía por primera vez de la boca de sus dos colegas aquel proyecto de manifestación: no sospechaba ciertamente que en él tuviesen parte, ni tampoco el ministro del interior, pero pensaba que Albert, Luis Blanc y los hombres de la minoría del gobierno podían tener sobre los organizadores del movimiento una influencia y una autoridad con que él no contaba entre aquellos partidarios de la revolución. En consecuencia les conjuró con un sentimiento verdadero, y con enérgicas palabras, exageradas á propósito, á que empleasen toda su acción sobre la parte del pueblo de que disponían, para impedir una manifestación tan intempestiva, tan odiosa á los departamentos, tan alarmante para la tranquilidad de París, y tan mortal para la aceptación de la república: les presentó con animación las consecuencias de una ruptura violenta de la unidad del

gobierno, conservada hasta entonces al precio de tantos sacrificios. Les demostró que los nuevos dictadores por derecho de eliminacion popular, serian eliminados ocho dias despues, convirtiéndose en victimas necesarias del pueblo, despues de haber sido sus instrumentos y cómplices. Afectó mayor terror y debilidad que la que sentia, á fin de inspirar estos sintomas á los mismos á quienes se dirigia, á fin de que por su mediacion se infiltrase el miedo y el arrepentimiento en los ánimos de los conspiradores del movimiento.

XV.

Sus colegas se mostraron decididos á interponerse, si aun era tiempo, entre los promovedores de la manifestacion proyectada y el gobierno. Flocon, que pensaba lo mismo que Lamartine, aunque estaba mas ligado que éste con los partidos extremos, juró con lealtad que detestaba semejantes proyectos, y que jamas haria traicion, asociándose á ellos, á la fé que los miembros de un mismo gobierno, aunque separados en ciertas cuestiones, se deben unos á otros. La sesion se concluyó con las amonestaciones de Lamartine, dirigidas mas bien al pueblo que á la asamblea, y con la declaracion franca de Flocon.

Al dia siguiente supo Lamartine por Luis Blanc y por Albert que sus instancias para impedir la manifestacion habian sido infructuosas; pero los cómplices subalternos les habian prometido esforzarse á fin de moderar el movimiento, desarmarlo y quitarle todo carácter de violencia.

cia. Lamartine contestó á sus colegas con desesperacion que la violencia estribaba en la reunion; que el peso de la masa y del número era un arma demasiado poderosa contra un gobierno desarmado; que el pueblo iba á violar y á perder en un momento lo que habia conquistado, si contrastaba, restringia y escandalizaba a la república con jornadas semejantes ó peores tal vez que la del 17 de Marzo.

Pero la consigna estaba ya dada, estaba echada la suerte, y era demasiado tarde para que los gefes, cualesquiera que fuesen, tuviesen el poder de disolver é impedir el movimiento. Luis Blanc y Albert daban á entender hallarse profundamente afligidos. Lamartine y sus mas íntimos colegas se resignaron á sufrir el asalto que se les anunciaba, y pusieron en manos de Dios y en las del pueblo la suerte del siguiente dia.

XVI.

No obstante, desarmados los miembros del gobierno, estaban ya advertidos, y no escasearon los medios de separar por medio de sus consejos á muchos individuos del golpe que se preparaba, penetrando entre los diferentes grupos de las facciones, en los talleres nacionales y en los grandes arrabales de Paris, á fin de desanimar al pueblo, advirtiéndole el gran atentado á que querian arrastrarle las tramas tenebrosas de los clubs y los conciliábulos socialistas y terroristas. Garnier-Pagés, Duclerc y Pagnerre en el ministerio de hacienda; Marie en los talleres nacionales; Marrast en la municipalidad, conservaron los medios de observacion, de influencia y de



fuerza voluntaria de que podian disponer. Lamartine pasó mucha parte de la noche enviando emisarios al arrabal de San Antonio, al barrio del Pantheon y á los distritos, para avisar y llevar instrucciones á los buenos ciudadanos, á los gefes de los talleres, á los empresarios, á los posaderos y á todas las personas respetables é influyentes de ellos. Mandó llamar asimismo á los oficiales de la guardia nacional nombrados y aun no reconocidos por sus compañías; pero con los cuales podia contar; á los jóvenes de las escuelas, adictos al orden y capaces de arrastrar á sus camaradas y á algunos discípulos de la escuela politécnica, notables por su inteligencia, actividad y valor, los cuales le servian de ayudantes de campo, como MM. Jumel, Baude, Marechal, &c. Les puso al corriente de los proyectos que amenazaban, y los empleó toda la noche en prevenir, convocar y proveer de armas á los ciudadanos, á fin de tenerlos prontos para acudir al primer cañonazo ó al primer toque de alarma al Hotel de Ville.

Esta era la posicion destinada á defenderse ó á ser conquistada en todas las revoluciones, la cuna ó el sepulcro de todos los gobiernos, el signo de la victoria ó el de la derrota. Lamartine estaba resuelto á encerrarse allí para sostener el sitio de la grande insurreccion premeditada, para perecer ó triunfar, segun pluguiese al pueblo levantarse ó permanecer tranquilo al ruido del combate.

MM. Marrast, Buchez, Recurt, Barthelemy-Saint-Hilaire, hombre tan reflexivo como intrépido; Flotard, el coronel Rey y los principales de la administracion de la ciudad de Paris, esta-

ban avisados y se disponian secretamente contra la sedicion del siguiente dia, al paso que á sus numerosos amigos de todos los barrios y arrabales se les reunia por medio de agentes. Cada uno de ellos debia acaudillar una porcion de ciudadanos resueltos á la defensa comun. La falta de la guardia nacional y las desconfianzas existentes entre los diferentes partidos no habian permitido adoptar medidas generales: todos sospechaban unos de otros, y solo tenian confianza en sí propios y en sus amigos.

## XVII.

Despues de tomar estas medidas, quemó Lamartine todos los papeles que contenian nombres propios ó secretos de gobierno, tanto interiores como exteriores, que pudiesen servir de pretexto á la venganza de las facciones, si el motin, como era demasiado de temer, proporcionaba la victoria á los hombres de proscripcion ó de sangre. En seguida se acostó para descansar un rato.

No bien se habia dormido, cuando algunos hombres adictos que tenia en los clubs se escaparon de las reuniones nocturnas, forzaron la puerta y le despertaron para enterarle de las últimas noticias.

Los clubs directores se constituyeron á las once de la noche en permanencia: se habian armado, tenian municiones de guerra, y habian determinado reunir al pueblo por la mañana en el Campo de Marte, en número de cien mil hombres, llegar allí al mediodia, tomar la direccion de aquella fuerza, marchar por los muelles, su-

blevando al paso la poblacion flotante de Paris contra el Hotel de Ville, apoderarse de esta posicion por la fuerza, espulsar al gobierno provisional y diezmarlo de los miembros que mas les repugnaban, como Lamartine, Marie, Garnier-Pagés, Marrast y Dupont de l'Eure. Ya tenian nombrado en lugar de estos hombres un comité de salvacion pública, compuesto de Ledru-Rollin, Luis Blanc, Albert y Arago, á quien equivocadamente suponian inclinado hácia el partido extremo. A él habian añadido los nombres de los principales gefes de faccion ó de las sectas terroristas ó socialistas, que representaban las violencias de un gobierno ó el desquiciamiento de la sociedad. Despues de deshacerse así de la mayoría del gobierno que les estorbaba, debian marchar ¡cosa estraña! contra el club de Blanqui, y desembarazarse igualmente de aquel tribuno rival que les intimidaba.

Esta última circunstancia no admiró á Lamartine, porque sabia que Blanqui era el terror de los terroristas menos populares y menos atrevidos que él. Era lógico en ellos aprovecharse de una sola insurreccion para descartarse á un tiempo de sus adversarios en el partido moderado del gobierno y de su enemigo en el partido desesperado de la demagogia.

Blanqui, segun todas las apariencias, sabia lo que le esperaba, pero no fingió menos por eso asociarse al movimiento que se preparaba para el día siguiente contra Lamartine y sus amigos. Es presumible que Blanqui no quisiese hacer ver que, tanto él como su partido, se quedaban detras de los que pretendian adelantarse á ellos en la revolucion. Pensó quizá que,

una vez realizado el movimiento, se pondria al frente de sus rivales, y que su nombre los confundiria: reunió por lo tanto su club, y se declaró con él en permanencia armada como los demas conspiradores.

## XVIII.

Al amanecer vió Lamartine los grupos de la manifestacion que avanzaban en pequeños pelotones de quince á veinte hombres, precedidos de tambores y de banderas, dirigiéndose por los bulevares, y al mando de algunos cabecillas mejor vestidos, enviados por los clubs á la cita del Campo de Marte. La mayor parte de ellos ignoraba completamente el verdadero objeto de aquella reunion, pues el pretesto era no sé qué escrutinio preparatorio para la designacion de candidatos obreros.

De hora en hora informaban á Lamartine sus emisarios apostados del estado del Campo de Marte, y de la marcha y fisonomía de la reunion. Constaba esta á las once, de unos treinta mil hombres, y se empezaba ya á hablar de que á las dos era preciso marchar contra el Hotel de Ville; pero los clubs no se hallaban allí todavía, y las masas parecian flotantes y poco animadas. Los obreros de los talleres nacionales, inspirados por Marie, y los numerosos emisarios de Lamartine, desbarataban los grupos á medida que se formaban, separándolos de la sedicion. El mismo Sobrier empleaba á sus amigos para que aconsejasen que no se cometiesen excesos.

Así las cosas, y cuando Lamartine esperaba, para obrar, informes mas precisos y un prin-

cípio de ejecucion, le anunciaron la visita del ministro del interior. Lamartine sabia, como acaba de verse, que el nombre de Ledru-Rollin figuraba en la lista que la insurreccion presentaba para formar el comité de salvacion pública. No ignoraba tampoco que los gefes politicos de las sectas socialistas, los hombres del golpe de estado popular del club de Barbés y del club de los clubs, se agitaban en torno del ministro del interior, trataban de conquistar su influencia y su talento, y se esforzaban por arrancarle resoluciones contrarias á la unidad del gobierno y á la paz de la república. Lamartine, sin relacion preexistente con su colega, no hubiera tenido por conducta leal el sospechar de él, ni por conveniente informarle de los rumores injustos que corrian acerca de su connivencia con los conjurados. Le esperaba, y no se engañó.

Mr. Ledru-Rollin le comunicó las noticias que habia recibido durante la noche; el proyecto de manifestacion armada; la revision del gobierno provisional; el comité de salvacion pública instituido; su propio nombre usurpado por los facciosos contra su voluntad; su indignacion porque pudiera creérsele capaz de dar su nombre para un complot contra sus colegas, y su firme resolucion de morir antes que asociarse á traicion alguna.

—“Dentro de algunas horas, añadió, vamos á ser atacados por mas de cien mil hombres. ¿Qué partido debemos tomar? Vengo á concertarme con vos, porque sé que sois hombre sereno en medio del peligro, y porque los acontecimientos extremos no os amedrentan el corazon.”

—“No hay dos partidos, le contestó Lamartine, levantándose y tendiéndole su mano: no hay mas que uno; es necesario combatir, ó entregar el país á la anarquía, la república á los aventureros y el gobierno al oprobio. Sois ministro del interior, sois leal y resuelto, y vuestras atribuciones os conceden el derecho de mandar tocar generala en Paris y de llamar á las armas á la guardia nacional. No perdamos, pues, un minuto, y dad la órden de que se levanten las legiones. Por mi parte voy á reunir los batallones de la guardia movilizada que se hallan en estado de pelear: me encerraré en el Hotel de Ville con esos dos ó tres batallones, y sostendré el asalto de la insurreccion. De dos cosas, sucederá una: ó la guardia nacional, hasta ahora invisible, no responde al llamamiento, en cuyo caso será tomado el Hotel de Ville, pereciendo yo en mi puesto; ó bien acudirá aquella y volará á socorrer al gobierno, atacado en mi persona en la posicion designada, y entonces la insurreccion, encerrada entre dos fuegos, quedará ahogada en su propia sangre, el gobierno quedará libre, y la república encontrará una fuerza organizada é invencible. Estoy pronto á cualquiera de las dos eventualidades.”

Lo mismo que se dijo, se hizo. El ministro del interior, tan decidido como Lamartine á tentar los medios de resistencia, arriesgando el combate, fué á dar las órdenes convenientes para que se tocara generala.

Lamartine no volvió á ver á su colega en todo el dia, y confió su esposa á los amigos que debian ponerla en seguridad, si él llegaba á sucumbir: hecho ésto, salió, acompañado de un

jóven escolar de Saint-Cyr, hijo del valiente general Verdieres, y de Callier, coronel de estado mayor, hombre de fria inteligencia y de un denuedo impasible, á quien conoció en Oriente y habia agregado al ministerio de negocios extranjeros.

Pasó al momento á casa del general Duvivier, estado mayor de la guardia movilizada, y subió solo; pero el general se hallaba ausente. Informados por Lamartine el gefe de estado mayor y el secretario del movimiento que amenazaba, suplieron al general y eligieron los cuatro batallones mas dispuestos é inmediatos al Hotel de Ville, comupicándoles al punto las órdenes para que inmediatamente se situasen en la plaza de Greve.

Cuando Lamartine bajaba la escalera, encontró al general Duvivier, y volvió á subir con él.

Dicho general era de esos hombres á quienes ningun suceso extraordinario sorprende, ningun peligro turba, porque creen religiosamente en la ley de sus deberes, descansando en la fé de Dios mientras operan en la tierra; especie de piadosos fatalistas, cuyo destino es siempre la Providencia. Rectificó con serenidad y sangre fria, algunas de las órdenes dadas durante su ausencia, mandó que le ensillasen el caballo, y ofreció ponerse á la cabeza de sus jóvenes soldados, á quienes amaba como hijos y conducia como héroes. No habia, sin embargo, municiones, y Lamartine voló al estado mayor de la guardia nacional, situado en el patio de las Tullerías, á buscar cartuchos.

XIX.

El general Courtais estaba ausente, y se promovió un pequeño altercado, con motivo del toque de generala, entre Lamartine y el gefe de estado mayor, que no queria creer el movimiento, y se alarmaba del efecto producido en Paris por aquellas medidas, y del conflicto que no podian menos de ocasionar. Lamartine se irritaba con la tardanza; pero la llegada del general Courtais puso término á todas las dudas: el veterano declaró que el ministro del interior le habia dado orden de que hiciese tocar generala, y que la órden tendria exacto cumplimiento. Lamartine, provisto de municiones, se dirigió al Hotel de Ville. Entre tanto se aumentaba la reunion en el Campo de Marte, y empezaba á formarse en columnas para moverse.

Durante estas dilaciones forzosas, el general Changarnier, á quien Lamartine habia nombrado embajador en Berlin, fué á preguntar por el ministro al departamento de negocios extranjeros, para hablarle de algunos pormenores relativos á sus instrucciones. Mad. de Lamartine recibió al general, le enteró de lo que acontecia, y le dijo que la presencia y cooperacion de un oficial valiente y afamado, seria probablemente de gran utilidad en aquellos momentos á su esposo en el Hotel de Ville, y de un efecto moral muy poderoso para los jóvenes soldados. El general, ansioso de desafiar el peligro y de dar nuevas pruebas de su ardor, acababa de llegar al Hotel de Ville, cuando Lamartine entraba en él, acompañado del coronel Callier y de su gefe